

## **Intervención de Alberto Núñez Feijóo**

Balance del curso político

22 de julio de 2026

Buenos días y gracias por su asistencia a todos los medios de comunicación y al Comité de Dirección del Partido Popular.

Convocamos la habitual rueda de prensa para hacer balance, a pocas horas de que se cumplan tres años desde las últimas elecciones generales.

Sin embargo, quiero empezar felicitando a la Selección Nacional, y con ella a toda España, por habernos hecho sentir con tanta emoción el orgullo de ser español.

Y permítanme que lo personifique en su entrenador, Luis de la Fuente, que ha transmitido a toda la nación los mejores valores que este país puede tener.

En el lado opuesto, quiero condenar la violencia que se ha vivido en Euskadi y Navarra el domingo, y lamentar que el actual Gobierno -empezando por su presidente- no lo haya hecho.

Los intolerantes no pueden soportar la unión y los valores que transmite la Selección, porque saben que esa también es su derrota.

Y, frente a ellos, quiero reivindicar el ejemplo de personas, de los diez mil bilbaínos que había en esa plaza; de personas concretas como Esther Martínez, nuestra portavoz en el Ayuntamiento de Bilbao, que no se han dejado amedrentar y han salido a la calle a celebrar a su selección y a su país.

Sé que el PSOE gobierna gracias a Bildu en España. Y que Bildu gobierna gracias al PSOE en Pamplona, pese a que el señor Sánchez prometió una y otra vez que nunca gobernaría con Bildu.

Sin embargo, jamás pensé que el actual Gobierno fuese a callarse ante algo así.

Frente a los totalitarios, ni se da un paso atrás ni se baja la cabeza.

Dicho esto, para hacer este balance cabe empezar con una pregunta: si España está mejor que hace tres años. Y la respuesta es sencilla: no.

Hace tres años que Pedro Sánchez eligió gobernar a cualquier precio y España lleva tres años también pagándolo.

Podríamos hablar durante horas de escándalos, condenas, mordidas, muros, incompetencia, de cárcel y promesas rotas.

Es lo que ha marcado la mayoría de los días de esta legislatura, pero hoy no quiero limitarme solo a eso.

España sigue siendo un gran país que también merece hacerse otra pregunta: ¿Puede España volver a estar bien gobernada? Mi respuesta es clara: sí. Claro que sí.

Por eso esta comparecencia no va a mirar solo atrás, porque mirando hacia adelante tenemos la noticia más esperanzadora: que, para el Gobierno, lo peor aún está por llegar y que a España le espera lo mejor, el cambio que pondrá fin de una vez a una legislatura que nunca debió empezar.

Efectivamente, si Sánchez afronta su último verano en La Marea, sus últimas navidades en la Moncloa... es porque no merece otra cosa.

No merece otra cosa que el mayor castigo electoral, porque ha sido una desgracia para este país.

Sus propias noticias lo ilustran perfectamente, y no solo esta legislatura.

Son ya ocho años de deterioro progresivo que a estas alturas es imposible de ocultar.

Este curso ha sido algo más que un año político difícil, algo más que una mala racha. Ha sido la confirmación de que esta etapa está acabada.

Por tres razones: el Gobierno está políticamente agotado, parlamentariamente bloqueado y éticamente inhabilitado por completo.

El Gobierno ha perdido el respaldo social. Su distancia con la calle es sideral y es que la gente escucha al Gobierno hablar de España y no se identifica, no se reconoce.

Es lo que se ha reflejado en las urnas: victorias incontestables del PP y derrotas contundentes del PSOE.

En Extremadura, en Aragón, en Castilla y León, en Andalucía. La gente no quiere a este Gobierno.

No es una tendencia. Es una sentencia.

España ya ha cambiado de opinión, y solo falta que Sánchez cambie de domicilio.

La segunda razón que ha puesto fin a este ciclo es que el Gobierno ha perdido su capacidad parlamentaria.

Empezó la legislatura retenido por varias minorías, y ahora ni eso.

Ahora está retenido por los intereses de una sola persona, de Sánchez.

Pese a que no hay presupuestos. Los últimos se aprobaron en el año 22, es decir, en la legislatura pasada.

Pese a que no hay mayoría estable. El Gobierno es incapaz de sacar adelante sus principales compromisos.

Y pese a que ni siquiera hay control al Gobierno. No responde prácticamente a nada.

Hay cerca de 150 solicitudes de información ignoradas y en toda la legislatura no ha habido ni un solo Debate del estado de la nación.

El Gobierno ya solo se limita a bloquear lo que las Cortes aprueban en contra de su criterio e interés.

Más de 60 leyes del PP metidas en un cajón. Más de 500 iniciativas aprobadas por las Cortes e incumplidas.

Y lo más anómalo de todo: esta semana se cumplirá un mes desde que el Congreso, por mayoría absoluta, votó a favor de la dimisión de Sánchez y de la convocatoria de elecciones.

Un mes ignorando que ha sido cesado políticamente por el Congreso de los Diputados.

Un mes gobernando contra el criterio expreso de la Cámara que representa la soberanía nacional.

Sánchez ha pasado de gobernar en minoría a gobernar contra la mayoría. Evidentemente, esto no da más de sí.

La tercera razón que finiquita esta etapa es que el Gobierno ha perdido toda autoridad moral.

No tiene autoridad moral para hacer cumplir la ley. Se las ha saltado con frecuencia.

No tiene autoridad moral para recaudar y gestionar el dinero público. Ha robado.

Y no tiene autoridad moral para liderar un proyecto común porque su legado es el muro entre españoles.

Por estas tres razones, el resumen de la situación es evidente.

Este Gobierno solo tiene una salida razonable y democrática: convocar elecciones.

En las urnas y en las Cortes, España ha decidido que quiere abrir una nueva etapa: que quiere comenzar una reconstrucción nacional.

El cambio ya no es solamente una aspiración política, es un clamor social.

Por eso, en estos días no solo ponemos fin a un curso político de una legislatura para olvidar. Lo más importante, lo mejor, es que activamos la cuenta atrás para el cambio.

Miren, yo no quiero heredar el Gobierno de España, sino engrandecer este país.

Me presentaré a las elecciones para reconstruir la nación, no para administrar sus escombros.

Y por eso hoy voy a hablar del cambio también. De lo que este país necesita para salir adelante, de lo que los españoles merecen y del camino a recorrer para hacer realidad los tres principales propósitos del cambio.

Uno, decencia. Que la decencia vuelva a las instituciones.

Dos, que el país funcione.

Y tres, que trabajar valga la pena, que sirva para una vida mejor.

Voy a intentar desarrollarlos.

En primer lugar, decencia. Tenemos que devolver la decencia al servicio público, porque el poder no puede nacer de una mentira, como fue la Ley de Amnistía.

No puede desarrollarse mediante privilegios de unos españoles sobre otros. La igualdad no es una moneda de cambio y el poder no puede desembocar en la corrupción.

El poder se ostenta para servir y no para servirse.

Yo no me resigno a que la imagen de España sea la que vimos la semana pasada en el último informe sobre el Estado de derecho de la Unión Europea o en los diferentes estudios que miden la calidad de nuestra democracia. Esto no puede ser.

Los números de la corrupción son demoledores:

- 16 procesos judiciales
- 123 imputados
- 21 tipos de delitos
- 2.362 años de prisión en juego
- Y cientos de millones de euros sustraídos del interés general

Y en lo cualitativo, la situación es igual de lamentable porque todo es cloaca.

La Fiscalía General del Estado, la Dirección General de la Guardia Civil, la SEPI, el Ministerio de Hacienda, el Ministerio de Interior, Correos, el CIS, los medios públicos... Lo han manchado todo.

La corrupción ha llegado a todas partes. Para hacer negocios, para adjudicar contratos, para favorecer a las personas más afines, para intervenir empresas, para la financiación del PSOE, para proteger a los propios, para atacar o neutralizar a quienes investigaban o les cuestionaban.

Hay que acabar con una corrupción que ha llegado al mismísimo corazón del Estado y que se ha convertido en sistémica.

Así se refleja en las tres primeras sentencias que ya conocemos.

Hay corrupción institucional, condena al fiscal general del Estado. Hay corrupción política, condena al ministro Ábalos. Y hay corrupción en el entorno familiar, condena al hermano del presidente del Gobierno.

Ni siquiera se libra el que durante años nos presentaron como faro moral, Zapatero... que por lo que ha trascendido en las últimas horas está en el ajo con todos los demás.

Y me veo en la obligación de hacer también una valoración al respecto.

La realidad es que Zapatero prometió explicar el origen de las joyas que encontraron en un piso del PSOE hace más de un mes, y no lo ha hecho.

La realidad es que se pasó años dando lecciones de altruismo y de paz, y resulta que todo era cuestión de negocios. Negocios hasta con dictaduras.

Y la realidad es que juró no haber influido en el rescate de Plus Ultra y su colaborador necesario le ha descubierto.

Y lo más lamentable no es todo lo que acabo de decir. Lo más lamentable es que, sin el Gobierno de Sánchez, Zapatero no habría podido delinquir.

La afirmación “Zapatero tiene todo mi apoyo”, que aún siguen sosteniendo en el día de hoy, adquiere ahora una dimensión superior.

Zapatero nunca habría podido influir sin un Gobierno capaz de convertir sus gestiones en decisiones. Efectivamente, le dieron todo el apoyo. Y esto lo explica casi todo.

Hay una relación de causa-efecto entre la llegada de Sánchez al Gobierno y que la corrupción lo invadiese todo a su alrededor.

Para encontrar la zona cero de la mayor corrupción de nuestra democracia no hay que irse a Canarias, ni a Navarra, ni a Valencia.

La zona cero está en la Moncloa, el señor X es el propio Sánchez y su ausencia total de estándares morales.

Miren todos los casos y no falla: Sánchez es el nexo político corruptor.

Y quiero añadir una cosa.

El tiempo no jugará a su favor. El tiempo jugará a favor de España, que merece y tendrá la verdad.

Fíjense en lo que conocíamos hace un año y comparémoslo con lo que conocemos hoy. Pues lo mismo ocurrirá en el futuro.

Pese a sus insultos, pese a sus amenazas, la Justicia seguirá haciendo su trabajo con libertad e independencia.

Veremos las otras causas de Ábalos, el desarrollo de las de Santos Cerdán, lo que hay en la causa de hidrocarburos, veremos a la secretaria y a las hijas de Zapatero en un juzgado y a la mujer de Sánchez en un banquillo delante de un jurado.

Quizás conozcamos el origen de las joyas y hasta dónde llegan las tramas de corrupción internacional.

Veremos si hay financiación ilegal del PSOE. Y si cantan uno, dos o tres todo lo que saben. Lo veremos todo.

Y sobre todo veremos que la cuarta economía del euro no puede vivir así. Un país no puede avanzar así.

Y miren, tengo mi propia opinión sobre el papel de Sánchez en todo esto. Pero en realidad da igual si ocurrió con su ignorancia o su participación activa o pasiva.

Y da igual lo que sobre él determine la Justicia. La responsabilidad política de la mayor corrupción de nuestra democracia es suya.

Del mismo modo, sé que la responsabilidad de garantizar que España no vuelva a pasar por esto nos corresponde a nosotros, al Partido Popular. Y no vamos a fallar.

Para que la decencia vuelva a La Moncloa, primero Sánchez tiene que salir de allí. Y después empezará la reconstrucción institucional de nuestro país.

No será un relevo, será una limpieza a fondo.

Se conocerá toda la verdad, se exigirán todas las responsabilidades, se reparará todo lo que se pueda y, sobre todo, se levantarán todas las garantías para que España no vuelva a sufrir nunca un Gobierno como este, que use las instituciones para proteger a los suyos, perseguir a quien investiga y degradar nuestro Estado de Derecho.

La reconstrucción institucional no consiste solo en echar a quien ha corrompido las instituciones, consiste en impedir que nadie pueda volver a corromperlas.

Y quiero añadir una cosa más en este apartado.

La corrupción no es solo robar dinero público, amañar contratos, falsear facturas.

También es corrupción usar el poder para beneficiar a unos pocos en perjuicio del conjunto.

También es corrupción negociar principios básicos, como la igualdad de todos los españoles, únicamente para sobrevivir en el poder.

El cambio también va a reconstruir este pilar básico de nuestra convivencia.

Lo que es de todos se volverá a decidir entre todos.

La segunda gran transformación que necesita España es tener un gobierno que gobierne.

Para que las cosas vuelvan a funcionar y haya también una reconstrucción social.

Parece elemental, pero hace años que no lo tenemos.

Cuando toda la agenda gira alrededor de escándalos, los verdaderos problemas del país se aplazan.

Hay que recuperar la gestión, especialmente en cinco ámbitos en los que el fracaso de gestión del Gobierno central es evidente: vivienda, sanidad, infraestructuras, inmigración, y las grandes reformas que este país necesita y que nadie ha hecho.

Voy a detenerme brevemente en ellos.

Vivienda. Tomar decisiones sin medir las consecuencias ha ocasionado que hoy la vivienda sea el primer problema de este país.

Han hundido la oferta. Una de cada tres viviendas de alquiler ha desaparecido del mercado.

Han disparado los precios. Un 65% el alquiler y casi un 60% la compra.

Y el resultado es una generación de jóvenes bloqueada: España tiene la quinta edad de emancipación más alta de los 27 de la Unión Europea.

Esta es la urgencia de este país: ofrecer a los jóvenes algo más que billetes de tren en verano. Algo más que vivir en piso compartido y repartiéndose baldas de nevera.

Lo que cualquier generación quiere a esa edad es emanciparse, formar una familia, tener un hogar propio, y eso no se consigue anunciando miles de viviendas que nunca se ejecutan.

Nuestro compromiso –está en este Plan de Vivienda- es desbloquear todo el suelo posible para construir un millón de casas.

Nuestro compromiso es que los jóvenes paguen un 60% menos de impuestos si adquieren una vivienda, ya sea IVA o Impuesto de Transmisiones.

Y nuestro compromiso es devolverle a este país la seguridad jurídica que necesita. No puede seguir siendo más fácil acceder a una casa okupándola que comprándola.

La segunda cuestión de los fallos de gestión del Gobierno Central es el Sistema Nacional de Salud.

La sanidad, es otro de los ejemplos más ilustrativos de la mala gestión del Gobierno.

El socialismo ha desaprovechado el ciclo económico más expansivo de las últimas décadas para darle a la Sanidad Pública lo que necesitaba.

No ha solucionado el déficit de profesionales, tenemos uno de los mayores retrasos en el acceso a la innovación terapéutica y, para cada avance, como la

Ley ELA, antes hay que pelear un mundo.

Y esto ni siquiera es lo peor.

Lo peor es que llevamos más de un año con los médicos en huelga nacional y ni siquiera se han dignado a escucharlos. ¡13 meses consecutivos sin hacer nada!

La indolencia de Pedro Sánchez se traduce en una cifra que va a perseguirle: más de cuatro millones de personas con sus consultas, sus operaciones, sus revisiones canceladas o aplazadas... y subiendo.

Escuchar a los médicos no es ceder, es gobernar. Y es una obligación con millones de españoles que solo quieren una sanidad pública que responda cuando la necesitan.

La reconstrucción social también exigirá arreglar esto con diálogo, planificación y decisiones.

Entre ellas, dotar al sistema con al menos un 15% más de profesionales. Es el compromiso que yo mismo adquirí con los médicos y también lo cumpliremos.

Tercera cuestión del fallo de gestión son las infraestructuras. Todo un símbolo de la decadencia a la que nos han arrastrado.

Y su cara más amarga son las 46 vidas que se perdieron en Adamuz. 47 si sumamos el accidente posterior en Cataluña.

A estas alturas seguimos sin explicaciones y sin dimisiones. Lo único que ha habido es desprecio, dejadez, incompetencia, mentiras y chulería, mucha chulería.

Por eso, miren, el cambio tiene que servir también para que la Alta Velocidad vuelva a ser motivo de orgullo nacional y no imagen de nuestro deterioro.

El próximo Gobierno movilizará, junto con los sectores implicados hasta 300.000 millones de euros que se necesitan para poner a punto nuestras autovías, nuestras redes viarias, nuestras redes ferroviarias, de Alta Velocidad y cercanías; nuestras infraestructuras de agua y nuestras infraestructuras energéticas.

España tampoco tiene política migratoria.

Tiene mucha demagogia e improvisación. Eso sí.

Y está sufriendo la renuncia del Gobierno a una de sus mayores responsabilidades, que es controlar nuestras fronteras.

Esta gráfica, relativa al incremento de inmigrantes irregulares, es sencillamente insostenible.

Y ni siquiera incluye a quienes entran como turistas por los aeropuertos y luego pasan a la irregularidad, que son tantos o más que los que sí se contabiliza.

Pretender arreglar esto con la regularización masiva, sin control, solo ahonda en el caos.

El Gobierno dijo que afectaría a medio millón de personas y ha terminado recibiendo más del doble de solicitudes.

El cambio garantizará que España no siga por este camino, sino por el que ha iniciado toda Europa.

La inmigración exige humanidad, pero también orden.

Exige solidaridad, pero también reglas.

Exige integración, pero también capacidad.

Porque un gobierno debe valorar las consecuencias de sus decisiones.

La regularización masiva, insisto, más de un millón de personas; no puede aislarse de las entradas producidas en España y de las nacionalizaciones desde 2018, casi cuatro millones de personas.

Ni tampoco de la decisión de dar la nacionalidad con una instrucción administrativa a 2,6 millones de personas.

Eso es lo que se está haciendo... tomando como excusa una ley que se está ampliando por la puerta de atrás en lo sustantivo, con más supuestos de los previstos; en el plazo temporal, se está llegando hasta el siglo XIX; y generacionalmente, se está ampliando hasta bisnietos y tataranietos.

Es que, con todas estas decisiones, estamos hablando de otorgar derechos a casi ocho millones de personas más sin que el Estado se haya preparado para un cambio social de esta magnitud.

Recuperar el control es una necesidad imperiosa también, y lo haremos.

El Plan de Inmigración que también presentamos hace meses es una garantía de ello.

Y por último en este apartado, están las grandes reformas que España necesita y siguen esperando.

No hay nuevo modelo de financiación autonómica ni de financiación local.

No hay estrategia para prevenir los riesgos naturales que cada vez sufrimos con mayor intensidad.

Aprovecho para mandar nuestra solidaridad a todos los afectados por los incendios, especialmente en estos días a los vecinos de La Mierla, en Guadalajara.

Ya lo hice ayer en contacto con el presidente Page y hoy con el alcalde de Tamajón; pero también quiero hacerlo públicamente desde aquí.

Pero tampoco existe una estrategia energética sostenible para evitar otro apagón. ¿Cuánto más vamos a esperar a decidir la prórroga de las nucleares?

No hay ni la red eléctrica que se necesita para conectar nuevas viviendas o nuevas industrias. ¿Puede haber mayor despropósito en la gestión que esto?

Por no atender, no se ha atendido ni una reforma clave, que es velar por la seguridad de todos.

No podemos resignarnos a que España sea un país más inseguro, en el que además se cometen delitos más graves.

Se han triplicado las agresiones sexuales con penetración. Repito: se han triplicado. Y cada día se cometen 19 delitos más contra la libertad sexual.

Lamentablemente, no hay menos víctimas de violencia machista que hace ocho

años. Hay más.

Los homicidios e intentos de homicidio han crecido un 60%.

Los de tráfico de estupefacientes un 72%.

Y, por supuesto, no podemos olvidar que el crimen organizado le costó la vida este curso a Germán y a Jerónimo, los guardias civiles fallecidos en acto de servicio en Huelva.

El cambio también persigue una España más segura.

Más segura para las mujeres. Hay que ampliar las penas de prisión permanente revisable a los agresores sexuales reincidentes.

Más segura también para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Hay que reconocer por ley su derecho a defenderse de los ataques de las narcolanchas sin miedo a acabar en un juzgado. Son una profesión de riesgo.

Y, en definitiva, más segura para todos. Hay que poner en marcha una Estrategia de Seguridad para que podamos vivir más seguros en nuestros barrios.

La cuenta atrás para el cambio es la cuenta atrás para volver a hablar de estas cosas. De los problemas reales que un Gobierno tiene que gestionar.

Y el tercer propósito de ese cambio es que trabajar merezca la pena. Frase muy repetida, pero cada vez más necesaria.

Que trabajar sirva, como he dicho antes, para vivir mejor.

Esto no se mide en cifras macro ni en frías estadísticas.

Se mide en la nevera, y los alimentos han subido un 43%.

Se mide en el parque móvil, y su antigüedad en España supera los 14 años y medio, los coches que transitan por las carreteras españolas.

Se mide en cuántos ciudadanos no se pueden permitir unas vacaciones. Y son uno de cada tres.

Si el actual Gobierno quiere ignorar esto, es su decisión.

Si quiere seguir celebrando que haya 2,6 millones de personas dependientes de un subsidio, cuando su objetivo debería ser que cada vez haya menos... es su decisión.

Si quiere autoelogiarse cuando España tiene la mayor pobreza infantil de los 27 países de la Unión Europea, es su decisión.

Si quiere seguir destruyendo la clase media, que se ha estrechado en 18,3 puntos, es su decisión, insisto.

Pero la mía es impulsar también una reconstrucción económica. Con un objetivo: que el crecimiento sirva para que haya menos personas dependientes del Estado y más libres para decidir su futuro con un trabajo digno.

Hoy esto no está ocurriendo y cabe preguntarse por qué.

Por qué con el ciclo económico más favorable de las últimas décadas. Por qué con una inyección de fondos europeos extraordinaria, que de momento no ha ejecutado ni a la mitad. O por qué con la mayor recaudación de la historia.

España lo ha desaprovechado todo y tiene a día de hoy: tasas de inflación superiores a las de la eurozona; más deuda, pese a incrementar los ingresos en un 55,1%, España sigue sin tener en orden sus cuentas públicas y ha incrementado la deuda en más de medio billón de euros.

Menor productividad por trabajador. Ha bajado casi un punto respecto a 2018 mientras que en la Unión Europea ha subido 2,6 puntos en el mismo período. Así es imposible que crezcan los salarios realmente.

La inversión privada está estancada. El nivel de inversión lleva estancado en el 19% del PIB un montón de años.

Hay más fijos discontinuos inactivos. El Gobierno sigue ocultando este dato, pero se estima que eran 882.000 en diciembre de 2025 que no están en las listas del paro.

El absentismo laboral es preocupante. Hoy es más del doble que el que teníamos en 2018.

Y hemos perdido convergencia en renta real per cápita con el resto de europeos.

La razón de todo esto es que la política económica tiene más de maquillaje que de realidad.

Primero, porque el crecimiento descansa cada vez más sobre el aumento de la población. Esto ha sustituido el crecimiento intensivo basado en productividad, innovación y capital al que deberíamos aspirar.

A esto se une un segundo error. No hay economía sana si el gasto público sustituye al dinamismo privado, que es lo que está ocurriendo. Ahí lo ven.

Y, en tercer lugar, se ha apostado por una presión fiscal récord. Vivimos un infierno de impuestos.

Este Gobierno ha subido los impuestos más de 100 veces.

España es el país donde más ha aumentado la presión fiscal desde la pandemia: ha crecido 2,9 puntos mientras que en Europa ha disminuido 0,7 por ciento.

Y claro, esto lo pagan los españoles, que abonan de media casi 4.000€ en impuestos y cuotas anuales respecto a 2018.

Lo pagan las empresas que también soportan hoy mayores costes. Y lo pagan los autónomos, que siguen siendo los únicos en Europa que no se benefician del Régimen Especial del IVA.

Y solo un dato más: el IRPF y las cotizaciones sociales soportadas por los trabajadores han aumentado un 17,7% en términos reales desde 2018. Y el Gobierno no ha devuelto este mayor esfuerzo con una mejor gestión. En absoluto.

Por eso la sensación generalizada en la calle es que trabajar y esforzarse tiene hoy menor recompensa que hace ocho años.

Hoy casi uno de cada cinco trabajadores cobra el salario mínimo, o menos.

Hay más personas que nunca pluriempleadas porque un sueldo no les basta para llegar a final de mes.

Y desde 2018, el salario medio neto real ha caído un 3,4%.

España está entre las economías de la OCDE donde más han caído los salarios reales desde la pandemia.

Y especialmente preocupante es el caso de los jóvenes: el sueldo medio de los menores de 35 ya es inferior a la pensión media de los nuevos jubilados.

Esto también merece ser cambiado.

Una buena política económica es la que se traduce en mejores sueldos. No solo del SMI, sino también y especialmente del salario medio.

Es mi principal objetivo.

La reconstrucción económica para que el principal beneficiario de la economía no sea Hacienda, sino la gente y su prosperidad.

Antes de terminar, quisiera hacer también una breve referencia a la política internacional.

El cambio también tendrá que afrontar un contexto delicado en este ámbito.

La primera obligación nos concierne dentro de nuestras fronteras. La política internacional es una política de Estado que tiene que volver al Congreso de los Diputados.

Miren, yo no acepto que el Gobierno haya decidido destinar miles de millones de euros a Defensa y nadie lo haya votado.

No acepto que se hayan decidido acuerdos tan relevantes para nuestro futuro, como el de Gibraltar o antes desconocidos compromisos con Marruecos, y nadie lo haya votado.

No comparto que se decida un acercamiento a China unilateral y contradictorio con lo decidido en el marco de la UE, y nadie lo haya votado.

La política exterior no puede seguir siendo opaca y oscura.

Y, por supuesto, España no puede seguir actuando en connivencia con regímenes dictatoriales, como ha ocurrido todo este tiempo con Venezuela.

Los españoles tienen derecho a saber qué decisiones se adoptan y en base a qué intereses.

Del mismo modo que tienen derecho a contar con un Gobierno que tenga claros los principios que debe defender más allá de nuestros límites geográficos.

El primero es Europa, como proyecto de paz y prosperidad.

El segundo es el atlantismo, como instrumento que protege ese proyecto.

El tercero es Iberoamérica, como región preferente en el nuevo contexto.

Y cuarto es la democracia y el Estado de derecho, como único sistema válido para garantizar la libertad de los pueblos.

Termino. El balance de este curso, lo he intentado reflejar, es una situación insostenible.

Lo ve todo el mundo. Hasta quienes intentan disimularlo para ganar tiempo.

Pero también he intentado reflejar que el paso del tiempo va dejando una esperanza: el cambio está más cerca.

Por la corrupción, por la ausencia de mayoría, por la falta de respaldo social, por el entreguismo a sus socios, por la vivienda, por la sanidad, por la seguridad, por no tener ni presupuestos... urge cambiar al Gobierno de España, y la cuenta atrás ya ha empezado.

El próximo curso será el del cambio, y nosotros estamos preparados.

Preparados para mejorar nuestros resultados respecto al ciclo anterior.

Preparados para dar todos los debates que necesita nuestro país, con valentía.

Y preparados para acometer la reconstrucción nacional que necesita España desde el primer día de gobierno.

Queremos llegar, y queremos que los españoles sepan qué pueden esperar de nosotros.

Lo malo es que ya han pasado tres años terribles. Lo bueno es que solo quedan meses.

Lo malo es que llegaron. Lo bueno es que ya se van y que el cambio está más cerca.

Muchas gracias y quedo a su disposición.